

faltar. ¿ No tiene Él su morada en el extremo Oriente, allá donde el sol se muestra al rayar el día? ¿ Acaso me alejo de Él navegando hacia allá? Y además, el mar es suyo; sí, el mar es suyo: Él lo hizo. »

*
* * *

Enoch se levantó, estrechó en sus fuertes brazos á su desfallecida esposa, y besó á sus hijos, asombrados de aquella solemne despedida. Como el más joven, el niño enfermizo, estaba durmiendo profundamente después de una noche de febril desvelo, Anita quiso levantarlo, pero Enoch dijo: — « No le despiertes, déjale dormir; el pobrecito es muy joven aún para que pueda acordarse jamás de mi despedida. » Por eso, acercándose silenciosamente, le besó en la cuna. Pero Anita cortó de la frente del niño un pequeño rizo y se lo dió (reliquia preciosa que Enoch guardó siempre); entonces él cogió apresuradamente su lio, agitó la mano en señal de despedida, y se marchó.

*
* * *

Cuando llegó el día en que el buque debía pasar á la vista del puerto, Anita buscó prestado un antejo marino, pero fué en vano; porque, sea que no acertase á arreglarlo á su vista, sea que sus ojos se hallasen ofuscados y trémulas sus manos, no pudo verle, á pesar de que él, de pié en el puente, no cesaba de saludarla con la mano. Así, pues, pasó el momento oportuno, y se alejó la nave.



Anita no apartó de ella los ojos hasta que desapareció completamente en el horizonte, y entonces volvió á su casa llorando amargamente. El tiempo no debilitó su dolor; lamentaba la ausencia de su marido tan profundamente como si éste se hallara ya descansando en el frío lecho del cementerio, y no lleno de vida y de esperanza á bordo del *Buenaventura*. Más, á pesar de su inmenso dolor, hizo todos los esfuerzos posibles por seguir las recomendaciones de Enoch; desgraciadamente no prosperó en su comercio, pues no había aprendido á traficar, ni tenía la sutileza que podía haber reemplazado á su falta de experiencia, siendo además incapaz de mentir y de pedir más de su precio por los artículos que vendía. Frecuentemente, viendo el mal aspecto de sus negocios, se decía: — «¿Qué diría Enoch de mí?» Porque más de una vez, en días de estrechez angustiosa, había vendido sus mercaderías por menos de lo que diera por ellas al comprarlas. Entristeciase, pues, y decaía su ánimo, y esperando siempre noticias de Enoch, que nunca llegaban, ganaba para los suyos un escaso sustento, y llevaba una vida de silenciosa melancolía.

*
* *

El más joven de los niños, aquel que desde su nacimiento fuera débil y enfermizo, pareció debilitarse aún más, aunque Anita le prodigaba los cuidados maternos: sin embargo, sea porque sus ocupaciones le alejaban de él con demasiada frecuencia, sea por la falta de medios

para pagar el consejo de un buen médico, después de un lento padecer y antes de que su madre se apercibiera de ello, semejante al pájaro enjaulado que al ver la puerta abierta se escapa de repente, la inocente alma del tierno niño voló al cielo.

* * *

Pocos días después de su entierro, el sincero y fiel corazón de Felipe, ansioso por la felicidad de Anita, empezó á reprocharle por haber permanecido tanto tiempo alejado de ella, pues no la había visto desde la partida de Enoch. — «Paréceme» se dijo Felipe, «que puedo y debo ir á verla; tal vez podré consolarla ó serle útil en algo.» Llegóse, pues, á la casa de la mujer de su antiguo compañero, atravesó la tiendecita, en la cual no vió á nadie, se detuvo cerca de una puerta interior, y la golpeó por tres veces. Como nadie viniese á abrirle, Felipe entró; pero Anita, que estaba sentada pensando en el pobre niño que había perdido, no quería ver ningún rostro humano; así es que volvió el suyo hacia la pared y empezó á sollozar. Entonces Felipe, un tanto picado, le dijo, si bien con cierta vacilación: — «Anita, he venido á pedir un favor.»

* * *

Ella respondió con un gemido: — «¡A pedir un favor á un sér tan triste y desamparado como yo!» El tono de ligero enojo claramente perceptible en su respuesta, casi

avergonzó á Felipe; sin embargo, batallando su timidez con su ternura, acercóse á ella y le dijo:

* * *

— «He venido á hablaros de lo que deseaba Enoch, vuestro marido: ya sabéis que siempre he dicho que escogisteis el mejor hombre del puerto, un hombre fuerte y lleno de energía. Todo lo que deseaba su corazón sabia él llevarlo á cabo con una admirable perseverancia. ¿Por qué os dejó sola y emprendió ese penoso viaje? ¿Por ver el mundo, ó por placer? No ciertamente, sino á fin de poder dar á sus hijos una educación mejor que la que recibiera él ó recibiriais vos; tal era su deseo. Si vuelve, se apesadumbrará al ver que se han perdido las preciosas horas de la mañana de la vida, cuando sus niños estaban más dispuestos á recibir una instrucción útil y saludable. Y si no vuelve, turbaría la paz de su sepulcro el saber que sus hijos crecen en la más completa ignorancia, si es que puede llegar á la tumba el conocimiento de lo que pasa entre los vivos. — Ahora bien, Anita, ¿no nos hemos conocido durante toda nuestra vida? Os ruego, por el amor que tenéis á él y á sus hijos, que no me rehuséis lo que os pido, porque si queréis, cuando Enoch vuelva me ha de pagar... esto es, si vos queréis que me pague, Anita, porque soy rico y no lo he menester. Dejadme que ponga á los niños en la escuela: ese es el favor que he venido á pedir.»

* * *

Entonces Anita, sin separar la frente de la pared, contra la cual la tenía apoyada, respondió: — «Tengo un aire tal de estupidez y desaliento, que no me atrevo á miraros. Cuando llegásteis, mi pesar me abrumaba; ahora creo que vuestra bondad me abruma aún más. Pero Enoch vive, estoy segura de ello, y os pagaré á su vuelta, pues el dinero puede pagarse; lo que no se puede pagar es una bondad como la vuestra.»

* * *



Y Felipe preguntó: — «¿Es decir que me dáis vuestro permiso, Anita?»

* * *

Entonces ella se volvió bruscamente, levantóse, fijó en él sus ojos inundados de lágrimas y contempló un momento su bondadoso rostro. Luego, al mismo tiempo que llamaba sobre la cabeza de Felipe la bendición del cielo, tomó su mano, la estrechó con ardor, y retiróse á un aposento inmediato. En cuanto á él, se fué con el corazón más desahogado y tranquilo.

* * *

Felipe puso al muchacho y á la niña en la escuela,

compróles los libros necesarios, y miró por ellos con tanta solicitud como si hubieran sido hijos suyos. Pero temeroso, por causa de Anita, de la ociosa charla de las comadres del puerto, frecuentemente negaba á su corazón su más querido deseo, y solo raras veces cruzaba el umbral de la tiendecita; sin embargo, enviábala con los niños regalos consistentes en hortalizas y frutas, las más tempranas y más tardías rosas de su jardín, conejos de la llanura, y de vez en cuando, so pretexto de la excelencia del trigo (para de ese modo quitar á su acción toda apariencia de una obra de caridad), enviábala harina de su elevado molino, que silbaba en lo más alto del pueblo.

* * *

Pero Felipe no trataba de sondear el corazón de Anita: cuando iba á verla, apenas podía ella, cuyo corazón estaba rebosando, pronunciar de un modo balbuciente una frase de gratitud. Tan cortas eran sus visitas. En cuanto á los niños, pronto profesaron al buen molinero un afecto entrañable. Cuando le veían en la calle, corrían desde lejos á su encuentro, y correspondían cariñosamente á su cordial acogida; ellos eran los verdaderos dueños de su casa y de su molino; fatigaban sus oídos con la relación de sus insignificantes contrariedades y sus infantiles placeres; jugaban con él, y le llamaban «padre Felipe.» Enoch perdía en sus corazones, á medida que Felipe ganaba en ellos; pues Enoch les parecía incierto, oscuro, impalpable como una visión, como un hombre que se

columbra á los primeros albores del día en el extremo de una calle de árboles, caminando con rumbo desconocido. Así pasaron diez años desde que Enoch dejara su hogar y su país nativo, sin que de él se tuviera la menor noticia.

* * *

Sucedió una tarde que los hijos de Anita, deseando ir con otros niños á recoger avellanas al bosque en compañía de su madre, fueron al molino á rogar á « papá Felipe » que les acompañase. Encontráronle completamente blanco de harina, semejante á la laboriosa abeja envuelta en el pólen de la flor, y le dijeron: — « Venid con nosotros, padre Felipe. » Negóse él al principio, pero como los niños le agarrasen y quisiesen llevarle por fuerza, rióse y cedió prestamente á su deseo; porque ¿ no iba Anita á ir con ellos?

* * *

Habían ya explorado la mitad de la espaciosa llanura, y hallábanse justamente en el sitio en que el terreno empieza á deprimirse y á hacerse más frondoso á medida que descende á la hondonada, cuando á Anita le faltaron las fuerzas, y dijo que deseaba descansar. Sentóse, pues, sobre el verde césped, y Felipe se sentó á su lado muy contento. Los niños se alejaron lanzando gritos de júbilo, descendieron tumultuosamente por entre los avellanos hasta lo más profundo de la hondonada, se dispersaron,

y encorvando unas ramas y rompiendo otras para despojarlas de sus morenos racimos, pronto llenaron las cestas con el agradable fruto. Sus alegres gritos resonaban incesantemente en todo el bosque.



* * *

Sentado Felipe al lado de Anita, olvidó por un instante su presencia, y recordó los tristes momentos que pasara en el mismo sitio cuando con el corazón herido se arrastró hasta lo más profundo y sombrío del bosque. Al fin dijo, levantando su honrada frente: — « ¡ Cómo se

divierten los niños en el bosque! ¿Oís sus gritos de placer?» Y como ella no desplegara los labios, Felipe añadió: — «¿Estáis muy cansada, Anita?» Esta dejó caer la cabeza sobre las manos, y continuó silenciosa. Entonces él, ligeramente incomodado, le dijo: — «¡El buque se perdió! ¡el buque se perdió! no penséis más en ello. ¿O es que queréis mataros, y hacer á vuestros hijos completamente huérfanos?» — «¡No sé explicarme el por qué», dijo Anita, «¡pero las voces de los niños hacen que me sienta tan sola y desamparada!»

* * *

Felipe se acercó más á ella, y la habló de este modo: — «Anita, hace tiempo que tengo una idea en mi mente, y aunque ignoro cuando se fijó en ella por primera vez, me es ya imposible callarla por más tiempo. ¡Oh, Anita! Ya no existe la menor probabilidad, ya no podemos abrigar la menor esperanza de que el que os dejó hace más de diez años, viva todavía. Ahora bien... permitidme hablaros con toda franqueza. Yo me aflijo viéndoos pobre y necesitada, y no puedo ayudaros como deseo hacerlo, á menos que... Dicen que las mujeres son tan penetrantes... quizá habéis ya adivinado lo que deseo deciros. En una palabra, deseo haceros mi mujer. Deseo ardientemente que vuestros hijos tengan en mí un padre cariñoso; creo que ellos me aman como á un padre, y estoy seguro de que los quiero como si fuesen hijos míos. Creo que si os casáis conmigo, aun podremos, después

de tantos tristes años de penosa incertidumbre, gozar de tanta felicidad como Dios concede á sus más favorecidos hijos. Pensad en ello; ya sabéis que me hallo en buena posición, sin parientes, sin cuidados, sin cargas, excepto mi cuidado de vos y los vuestros. Además, nos hemos conocido durante toda la vida, y os he amado por mucho más tiempo de lo que imagináis.»

* * *

Anita respondió en un tono de esquisita bondad: — «Habeis sido para nosotros semejante al ángel bueno de Dios. Él os bendiga por ello, Felipe, y os recompense con una mujer más dichosa que yo. ¿Es posible amar dos veces? ¿Puede alguno ser amado jamás como lo fué Enoch? ¿Es eso lo que pedís?» — «Me daré por satisfecho», respondió él, «con ser amado un poco menos que Enoch.» — «¡Oh! exclamó ella como asustada; «Felipe, esperad un poco. Si Enoch vuelve... pero no volverá; sin embargo, esperaré un año; un año no es mucho tiempo. Es seguro que dentro de un año seré más juiciosa. ¡Oh! esperad un poco.» Felipe dijo tristemente: — «Anita, como he esperado toda mi vida, bien puedo esperar un poco más.» — «¡No!» gritó ella; «quedo ya comprometida; podéis contar con mi promesa. ¿Estáis, como yo, dispuesto á esperar un año?» — «Esperaré un año», replicó Felipe.

* * *

Así habló ; y como si fuese en un momento , mientras que se hallaba ocupada en sus quehaceres domésticos , y cuando aun estaba pensando en lo que le dijera Felipe de que la había amado por más tiempo de lo que ella imaginaba , aquel otoño fué sucedido por el siguiente , y el molinero se presentó á su vista reclamando el cumplimiento de su promesa. — « ¿ Ha pasado ya un año ? » preguntó ella. — « Sí , si es que los avellanos se hallan de nuevo cargados de maduro fruto. Salid y cercioraos por vos misma. » Pero ella... ella le rogó que esperase todavía. — « Hay tantas cosas en que pensar » , dijo ; « es un cambio tal... Si me concedieseis un mes... Dadme un mes , nada más. » Entonces Felipe , con una mirada en la que estaba pintada la pasión de toda su vida , dijo con voz tan trémula como la mano de un hombre ébrio : — « Tomad el tiempo que queráis , Anita : tomad el tiempo que queráis. » Poco le faltaba á Anita para llorar de compasión , y sin embargo , le tuvo así largo tiempo , dilatando el cumplimiento de su promesa por medio de pretextos apenas dignos de crédito , y poniendo á dura prueba su constancia y paciencia. De ese modo se deslizaron otros seis largos meses.

* * *

Para este tiempo , ya las ociosas comadres del pueblo , que habían profetizado el casamiento de Anita con el rico molinero , viendo que sus cálculos salían errados , empezaron á irritarse como si fuera una injuria personal. Unas

pensaban que Felipe solo tonteaba con ella , otras creían que ella le mantenía apartado á fin de asegurarle mejor , y algunas se reían de ella y también de Felipe , como de necios que no conocían ni sus propios sentimientos ni sus propios deseos. Una de ellas , en quien todas las malas ideas se hallaban reunidas (como los huevos de la serpiente , adheridos unos á otros) , reíase y hacia una insinuación de peor especie. El hijo de Anita nada decía , pero era fácil leer su deseo en sus ojos ; pero la hija la instaba constantemente á enlazarse con aquel hombre tan querido de todos ellos , y de ese modo sacar á la familia de la miseria en que se hallaba sumida. El colorado rostro de Felipe volvióse flaco y pálido , por efecto de la cruel zozobra que le atormentaba y consumía. Todas estas cosas caían sobre el corazón de Anita como un amargo reproche.

* * *

Al fin , una noche en que Anita no podía conciliar el sueño , rogaba ansiosa y solemnemente que Dios la enviase una señal que la informara de si Enoch era muerto , ó si aun vivía : incapaz de tolerar por más tiempo , en medio de la oscuridad de la noche , la terrible expectación de su alma , saltó del lecho , encendió una luz , cogió con desesperación el Santo Libro (1) , abriólo rápidamente á la ventura , y también á la ventura fijó el dedo sobre el tex-

(1) La Biblia.